

LAS SITUACIONES DE RIESGO EN LA RELACIÓN MÉXICO-ESTADOS UNIDOS¹

*Leonardo Curzio**

Para hablar del futuro, es imprescindible hablar del pasado, y antes de entrar en materia, me permito hacer una analogía con el juego del espiro o la pera loca.² El principal riesgo que tiene México en su relación con Estados Unidos es que Donald Trump puso a nuestro país como su espiro personal desde el inicio de su mandato en enero de 2017, por lo que la actual administración, a cargo de Andrés Manuel López Obrador, corre el riesgo de que en los próximos años el gobierno estadounidense lo siga haciendo y que, una vez resuelto un tema, surja otro y vuelva la misma presión. En el momento de escribir este texto, existe también la posibilidad de que Trump se reelija, por lo tanto, podemos tener ocho años de ser la pera loca del presidente de Estados Unidos con la consecuente pérdida de predictibilidad.

De modo que nuestra principal situación de riesgo ya la hemos experimentado desde hace más de tres años, con una alteración del juego estratégico que había normado las relaciones bilaterales desde el final de la guerra fría. La relación México-Estados Unidos ha cambiado radicalmente desde que Trump asumió la presidencia, y no tanto porque se introduzcan nuevos temas, sino por el método para abordarlos. De manera sintética, podríamos decir que hemos pasado de ser socios que buscaban soluciones conjuntas a los desafíos globales y regionales a ser vecinos confrontados en muchos temas que determinan la convivencia cotidiana. Que tengamos discrepancias con Estados Unidos en el plano hemisférico o incluso multilateral no es nuevo y

¹ Intervención en el conversatorio “México, integración económica mundial y política comercial del gobierno de la 4T y su impacto en la hacienda pública”, en la mesa “Comercio, migración y seguridad”, 21 de agosto de 2019.

* Investigador del CISAN, Universidad Nacional Autónoma de México; <leonardocurzio@gmail.com>.

² El juego consiste en atar una pelota a un poste con una cuerda. Dos jugadores se ubican de cada lado y golpean la pelota para tratar de enrollar la cuerda alrededor del poste.

puede ser manejable desde la tradicional dualidad de un espacio multilateral más abierto para México y una cooperación casi irrestricta en el ámbito bilateral, pero lo que no es sencillo es conciliar aproximaciones cambiantes en asuntos vitales como el libre comercio o la gestión de la frontera común. El gobierno de Trump sostiene hoy visiones muy contrastantes con México. Ha roto la aproximación bipartidista que definió las relaciones entre los dos países desde el TLCAN.

¿Qué hacíamos hasta hace casi cuatro años cuando Trump llegó al poder? No es que tuviésemos una situación idílica ni exenta de fricciones, pero teníamos una serie de entendidos, incluso firmados, con un alto nivel de institucionalización como el que regulaba el tema comercial. Dicho tema, suponíamos, ya no era un asunto que generara contrastes en el plano político y las diferencias entre actores económicos se podían dirimir en las instituciones previstas. Las percepciones antagónicas de las administraciones demócratas o republicanas en Estados Unidos o priistas, panistas y ahora morenistas en México no cuestionaban el fondo de la relación. Se suponía que era, como dicen los europeos, un *acquis communautaire*, era parte de lo que habíamos construido en América del Norte. Contábamos, así, con un tratado que reglamentaba lo comercial y lo sacaba del choque cotidiano.

En seguridad ocurría algo similar. Aunque debemos recordar que en este capítulo las relaciones estaban menos institucionalizadas, es decir, no había reglas ni tratados, existía un entendimiento de fondo para abordar temas que van desde la lucha contra el crimen organizado hasta el antiterrorismo, pasando por la cooperación en defensa y el aseguramiento del perímetro norteamericano. De forma análoga, la gestión de la frontera común dio lugar a una serie de instrumentos normativos, pero, sobre todo, a una agenda compartida para gestionarla de forma cooperativa. La llamaron una frontera del siglo XXI (SRE, s. a.).

Por supuesto, el paraguas de la Iniciativa Mérida (Embajada y consulados de Estados Unidos y México, s. a.) dio como resultado el valioso paradigma de la corresponsabilidad que costó mucho moldear y forjar, pues no siempre quedaba claro que la inseguridad era un asunto que requería una operación conjunta. Además de los elementos normativos que citaban el tratado de libre comercio, la Iniciativa Mérida y el conjunto de elementos para la gestión de la frontera, existía una disposición política que encauzaba, por distintas vías, el diálogo bilateral. Desde el Ejecutivo, con grupos de

contacto de alto nivel, hasta el Legislativo, a través de las interparlamentarias, los vecinos reconocían los problemas, pero los formulaban de manera ordenada y previsible buscando algo que resultara mutuamente conveniente y decoroso con pleno respeto a la soberanía de cada cual.

Sin embargo ¿qué ha ocurrido en los últimos dos años? Para empezar, una ruptura de la institucionalidad. Ni más ni menos. Lo que se suponía era un acuerdo en el ámbito comercial plenamente ratificado y en vigor, el presidente de Estados Unidos lo declaró como el peor tratado de la historia comercial (*Expansión*, 2016) y, además, acusaba de forma mordaz a la diplomacia comercial mexicana de ser mucho más astuta, pues, según él, había puesto contra las cuerdas al muy benigno y generoso pueblo estadounidense, el cual veía cómo sus empleos eran desplazados hacia México (Trump, 2015a, 2015b), que empezaba a disfrutar de una especie de prosperidad basada en una brecha social o, como se llama ahora, un *dumping* social. El tema salarial y la atracción de inversiones han sido argumentos recurrentes en el discurso presidencial para referirse a México.

Algunos asuntos menores también reflejan esa sensación de distancia entre los socios norteamericanos, como la cuota que tenemos que abonar a la OMC, los cuales pueden rescatarse e incluso reconocer que Estados Unidos tiene razón en que México debe pagar más. Las dimensiones de la economía mexicana le permitirían hacer una contribución mayor, pero, en lo que respecta a mantener abierta la zona de América del Norte, Estados Unidos han tenido una actitud oscilante y poco constructiva. En múltiples ocasiones, el presidente Trump acusó a México de tener ventajas indebidas por los huecos en los instrumentos comerciales que ya mencionábamos. En otras palabras, la que fue la columna vertebral de América del Norte, el TLCAN (Rubio, 2013) fue ampliamente cuestionada y ha desembocado en la concreción de un nuevo tratado comercial, el T-MEC.

Respecto a los bajos salarios como ventaja competitiva, se debe reconocer que Donald Trump tiene algo de razón, pues el pronóstico formulado en los noventa de que los salarios tenderían a la convergencia simplemente no ocurrió (Serra, 2015), pero lo que resulta inadmisibles es amenazar con aranceles. Lo que era un tratado, una fuente de certidumbre para actores políticos y sectores económicos, Trump simple y llanamente lo dinamitó como un tiranuelo de América Latina; podría decir que la Constitución o cualquier otro instrumento jurídico se lo salta a la torera y puso a México ante la disyuntiva:

vamos a renegociar el tratado en términos bilaterales o nos quedamos fuera. México se plegó a la línea dictada por Trump.

¿Qué es lo que ocurrió entonces? Que aun teniendo un Tratado de Libre Comercio de América del Norte vigente y la perspectiva de firmar el T-MEC, el presidente de Estados Unidos se sacó de la manga una estructura de aranceles (Trump, 2019) completamente contraria a los principios de una convivencia razonable entre naciones para presionar a México en su política migratoria. El respeto a la ley y los convenios para cambiar la política migratoria del gobierno de Andrés Manuel López Obrador fue conseguido por una auténtica extorsión. Reclamo puro. Con ello, Trump ratificó un mensaje claro: “yo pongo los aranceles y los utilizo como un arma de presión directa para el tema migratorio o cualquier otro, porque la asimetría entre los dos países me lo consiente”. Eso está fuera de cualquier marco jurídico aceptable y, por supuesto, genera incertidumbre sobre el futuro de la relación México-Estados Unidos.

Es un desafío colosal adaptarse a esta nueva lógica en la cual hemos pasado de ser socios con intereses convergentes a una etapa en la cual algunos de los intereses de México son vistos como contrarios a las prioridades de la potencia. Esta lógica estratégica marcó el final de la administración de Enrique Peña Nieto (Hussain y Schiavon, 2013) y los dos primeros años de López Obrador.

Hasta el momento, el gobierno de Andrés Manuel López Obrador ha evadido la confrontación directa y ha definido el marco para las relaciones a través de una serie de cartas. Una de ellas, fechada el 30 de mayo de 2019 (López Obrador, 2019), reaccionaba la amenaza de imponer aranceles si México no contenía el flujo de centroamericanos que en ese mes había llegado a superar los 144 000. En esa misiva, el presidente reiteraba su disposición al diálogo y la prudencia para evitar caer en un juego de las represalias simétricas (ojo por ojo), y encontrar soluciones de fondo al problema migratorio. Con un marco conceptual juarista y rooseveltiano de respeto y cooperación para la prosperidad como elemento contrastante, el canciller Marcelo Ebrard aceptó (*nolens volens*) un procedimiento temporal para verificar unilateralmente (es decir, sin parámetros, arbitraje independiente o mediación) que México cumpliría con el compromiso de militarizar la frontera y contener el flujo de centroamericanos. Con este acuerdo, el gobierno mexicano se desdijo de su política migratoria y operó un cambio de 180 grados que dio resultados en 45 días, pues el titular del Departamento de Estado, Mike Pompeo, aprobó

el despliegue y sus resultados en una primera fase. Haber salvado el escollo de los aranceles no sólo no modifica, sino que profundiza esa nueva asignación de roles en las que México aparece como problema y no como el socio que aporta soluciones mutuamente benéficas.

Una pregunta inevitable es: ¿servirá de mucho la ratificación del T-MEC si el presidente de Estados Unidos se sigue arrogando la posibilidad de emplear recursos extralegales, como los aranceles, cuando a su interés convenga? Por eso mencionaba que juega al espiro al decir: “firmo el T-MEC, pero me reservo el derecho de presionar a México por esta vía del realismo más descarado”. El tema está abierto y de cuantos riesgos haya en el futuro, ése es el principal: la inestabilidad del inquilino de la Casa Blanca.

Por tanto, si en el ámbito de la economía tenemos ese nivel de incertidumbre el cual, insisto, no va a quedar del todo resuelto con el T-MEC, por la actitud y la política profundamente arbitrarias del presidente de Estados Unidos tenemos en el ámbito de la nueva administración mexicana una serie de elementos indefinidos.

La cuarta transformación, como se suele llamar a la administración de Andrés Manuel López Obrador, ha hecho una definición de política exterior extraordinariamente vaga:

Por otra parte, México forma parte de la región de Norteamérica, junto con Estados Unidos y Canadá, de los que es socio comercial. La relación con el primero de esos países, con el que comparte más de tres mil kilómetros de frontera, está marcada por una historia de invasiones, despojo territorial e intervenciones, pero también por un intenso intercambio económico, cultural y demográfico. Nuestra pertenencia al Tratado entre México, Estados Unidos y Canadá (T-MEC, sucesor del Tratado de Libre Comercio de América del Norte, TLCAN), la compleja relación fronteriza y la presencia de unos doce millones de mexicanos en territorio estadounidense y de más de ciento veinte mil en Canadá, así como la residencia en nuestro país de cerca de un millón de ciudadanos de Estados Unidos, colocan la relación con esas naciones como la principal prioridad de la política exterior. El Ejecutivo federal buscará que la relación bilateral con Estados Unidos se conduzca con base en el respeto mutuo, la cooperación para el desarrollo y la búsqueda negociada de soluciones a problemas comunes, entre los cuales los más significativos son sin duda los fenómenos migratorios de Sur a Norte, las situaciones adversas que enfrentan millones de mexicanos que viven en el país vecino y las expresiones de la delincuencia transnacional: el tráfico de personas y el trasiego de armas, drogas ilícitas y divisas (Presidencia de la República, 2019: 29).

Es tan amplia la formulación que uno puede leer casi cualquier cosa, pero básicamente se refiere a los principios constitucionales; en consecuencia, la no intervención constituye un elemento fundamental. Por tanto, hay que descartar, de entrada, las acciones que en el pasado el Estado mexicano ha hecho para tratar de intervenir, influir o incidir en el proceso legislativo estadounidense, tanto en cuestiones referentes a la legislación de armas como en los temas migratorios. Incluso en el involucramiento en la defensa del DACA ha sido discreto. Es decir, nos reservamos porque vamos a tratar de soberano a soberano y esperaremos que ellos cambien sus leyes sin tener una acción directa como ocurrió en el pasado. De esa forma, modificamos las formas de ver la situación y pasamos a ese nuevo enfoque en el que México adopta un rol más pasivo y reactivo.

Tenemos así, según las definiciones presidenciales, una política bilateral de amistad a prueba de insultos. Donald Trump ha podido decir lo que sea de este país y la respuesta presidencial ha sido sistemáticamente que es su amigo y no piensa tener conflicto con él. Es una postura que el jefe del Estado ha tomado (a nosotros, como no somos jefes de Estado nos puede parecer mejor o peor, pero él es el conductor de la política exterior y la encarnación de la unidad nacional) y me parece sensata, pues un principio básico de la política internacional y las relaciones exteriores es que las repúblicas no se enojan, por lo menos no hacia afuera, y en eso creo que tiene razón el presidente, hay que tener temple para aguantar a Trump. Es admirable esa disposición del mandatario.

Además, la línea argumental de la cuarta transformación es establecer una relación bilateral absolutamente flexible. No diré a la carta, pero sí flexible. Si Donald Trump quería un acuerdo bilateral comercial, pues negociamos un acuerdo bilateral comercial. Si Trump quiso que cambiáramos la política migratoria de este país, en un sorprendente giro de 180 grados, pasamos de un paradigma de derechos humanos y de apertura de fronteras hacia América Central a la contención militar de migrantes y petición de asilo en la frontera. Aceptamos también recibir extranjeros que gestionen su condición migratoria en Estados Unidos a través del programa Remain in Mexico.

Hago un apunte sobre los riesgos que esto implica: ¿vamos a apostar todo el sexenio a la política de contención tal como la tenemos ahora o es una situación temporal esperando el plazo que se agotaría con las elecciones en 2020? Si el ganador dice: “bien, México, lo sigues haciendo bien”, ¿esto se va a prorrogar indefinidamente como si fuera un contrato provisional de trabajo que se

revisa cada seis meses o México va a aceptar ser tercer país seguro o alguna de sus variantes como el Remain in Mexico sin compensación? En cualquier caso, esa política tiene implicaciones tanto desde el punto de vista exterior como desde el interior. Los costos de la contención de las caravanas centroamericanas, hasta ahora, corren por cuenta de México, y el esfuerzo de desplegar más de 25 000 guardias nacionales a la frontera es descomunal.

En seguridad sigue abierta la pregunta: ¿qué vamos a hacer con la Iniciativa Mérida y el paradigma de la corresponsabilidad? En este plano, es fundamental hacer un análisis interno para determinar qué es lo que México quiere de la cooperación con Estados Unidos. El presidente anunció el fin de la guerra contra el narco y una reformulación del paradigma prohibicionista en que se funda el llamado combate a las drogas. Lo hizo en estos términos:

En materia de estupefacientes, la estrategia prohibicionista es ya insostenible, no sólo por la violencia que ha generado, sino por sus malos resultados en materia de salud pública: en la mayoría de los países en los que ha sido aplicada, esa estrategia no se ha traducido en una reducción del consumo. Peor aún, el modelo prohibicionista criminaliza de manera inevitable a los consumidores y reduce sus probabilidades de reinserción social y rehabilitación. La “guerra contra las drogas” ha escalado el problema de salud pública que representan las sustancias actualmente prohibidas hasta convertirlo en una crisis de seguridad pública. La alternativa es que el Estado renuncie a la pretensión de combatir las adicciones mediante la prohibición de las sustancias que las generan y se dedique a mantener bajo control las de quienes ya las padecen mediante un seguimiento clínico y el suministro de dosis con prescripción para, en un segundo paso, ofrecerles tratamientos de desintoxicación personalizados y bajo supervisión médica. La única posibilidad real de reducir los niveles de consumo de drogas reside en levantar la prohibición de las que actualmente son ilícitas y reorientar los recursos actualmente destinados a combatir su trasiego y aplicarlos en programas —masivos, pero personalizados— de reinserción y desintoxicación. Ello debe procurarse de manera negociada, tanto en la relación bilateral con Estados Unidos como en el ámbito multilateral, en el seno de la ONU (Presidencia de la República, 2019: 20).

Las preguntas están abiertas. ¿Requiere el gobierno mexicano de la inteligencia estadounidense para la operación?, ¿presupuesto del contribuyente estadounidense para reforzar sus propias capacidades o ser retribuido por la contención de migrantes? O bien, ¿un tipo de relación plenamente soberana en la cual cada uno de los países cumpla con sus funciones y comparta, en pie de igualdad, la elaboración de la estrategia?

México tiene mucho que decir sobre la tragedia que provoca el tráfico ilícito de drogas y armas, empezando por el número de muertes que en este país han tenido lugar y también sobre los 72 000 fallecidos por sobredosis que anualmente enlutan a otras tantas casas en Estados Unidos, pero los vecinos tienen también reclamos sobre la violencia demencial que, en algunos casos, ha llegado a golpear incluso a sus conciudadanos. Me parece que debemos presentar, articuladas y mutuamente condicionadas, estas dos dimensiones de la tragedia para buscar empatía con sectores de la sociedad estadounidense que nos son adversos y propenden a responsabilizar a México de la tragedia. La estrategia debe ser compartida y los resultados también, en la medida de lo posible. El objetivo, en el largo plazo, es que los gobiernos de ambos países se perciban cercanos y sus sociedades generen empatía para enfrentar el poder de las organizaciones criminales. Nada cohesiona más que la percepción de un riesgo compartido.

Es importante reforzar la línea de comunicación de lo que no se hace, o hasta ahora no se ha hecho, por ejemplo, dar a conocer las redes de distribución de droga y lavado de dinero que el Chapo Guzmán utilizó durante sus años de operar en Estados Unidos y que a buen seguro afloraron durante su juicio en Nueva York. Toda esa información, como bien ha dicho Sergio Aguayo (2019), es un tesoro que las autoridades mexicanas deberían pedir para conocer la forma en que las organizaciones criminales funcionan en ambos lados de la frontera.

El tema para México no es menor, y debemos profundizar en las implicaciones que tiene la estrategia de contención de migrantes centroamericanos, la cual, por cierto, paradójicamente, resulta ser muy popular entre la opinión pública mexicana. En una encuesta reciente (Moreno, 2019), el 72 por ciento de los mexicanos se mostraba contrario a la política sugerida por el presidente de la República de aportar recursos para el desarrollo en Centroamérica, que es la principal apuesta de política exterior de este gobierno. Es probable que la popularidad del mandatario ayude a que, incluso en estos temas en los que la opinión pública no está de acuerdo, puedan fructificar y permitirnos pasar de ser el gendarme de la región, a ser el promotor del desarrollo en Centroamérica (CEPAL, 2019).

Aunque sea una perspectiva de la minoría, creo que México tiene una responsabilidad en muchos sentidos con Centroamérica. No me extendiendo en ese tema, simplemente intento dejar establecido el giro de 180 grados que

ha registrado la política migratoria y planteo que no vamos a tener un *open arms*³ en las costas, pero sí vamos a tener un riesgo de que cada vez más haya choques o fricciones entre la Guardia Nacional y los migrantes que vienen de América Central. El procedimiento de contención de la migración provoca un riesgo de fricción cotidiana. ¿Vamos o no a rutinizar ese paradigma de contención en la frontera sur? No lo sé, pero claramente lo que el gobierno ha mostrado es una enorme flexibilidad para atender las demandas del vecino. La legitimidad política y la popularidad del presidente da para estas variaciones que en cualquier otro contexto político hubiesen generado una fricción enorme. ¿Ocurrirá lo mismo con el combate a las drogas? La presión del fallido operativo de Culiacán para cumplimentar una orden de extradición de Ovidio Guzmán abrió el frente. Trump publicó dos muy bien redactados tuits sugiriendo que ponía a disposición de México todos los recursos para borrar de la faz de la tierra a los grupos criminales (*El Universal*, 2019).

Por otra parte, existe la necesidad de definir hacia dónde vamos en materia de cooperación comercial e inversión, porque una cosa es mostrar flexibilidad y otra tener una voluntad casi inalterable de resolver problemas. Eres un socio que va buscando soluciones *ad hoc* a problemas inventados por tu par, pero no son casos nuevos que requieran otro enfoque de gestión, son artificialmente diseñados por el socio en una nueva realidad en la cual hace falta una discusión más amplia sobre lo que la actual administración piensa sobre América del Norte. ¿Cuál es la América del Norte ideal que imagina la cuarta transformación? El jefe del Estado, cuando era candidato, planteó una “alianza para el progreso” con ecos de John F. Kennedy. Después, ha hecho un desarrollo preliminar cuya expresión se encuentra contenida en el programa que ahora está llevando a Centroamérica, el cual ya citábamos, pero sospecho que una alianza en estos momentos debería tener muchos más componentes que una política que está buscando aliados e inversionistas que la respalden sin encontrar apoyo financiero en el vecino del Norte. Falta una prospectiva amplia para saber hacia dónde va América del Norte. México no se ha atrevido a sugerir elementos nuevos, salvo un tímido (y no del todo novedoso) reclamo sobre el tráfico de armas.

De manera telegráfica, enumero cuatro líneas que, a mi juicio, merecen ser atendidas:

³ Embarcación dedicada a rescatar migrantes.

1. Debemos tener claro si pensamos o queremos hacer una lectura conjunta con las fuerzas progresistas en América del Norte del futuro de la región, por ejemplo, en temas laborales que se han expresado en el último tramo de ratificación legislativa del T-MEC. Supongo que a Andrés Manuel López Obrador le gustaría una América del Norte mucho más cohesionada socialmente. El tema del *dumping* social nos llevó a modificar nuestra legislación laboral para garantizar la aprobación del instrumento y a que algunos legisladores demócratas en Estados Unidos dijeran: si ya se encuentran certificados desde el punto de vista migratorio y los mexicanos parecen encantados con esa solución, ¿por qué no instalamos observatorios laborales?
2. Si el problema de la violencia no se reduce, ¿por qué no los certificamos en drogas? Ese tema escabroso de la certificación que habíamos olvidado desde el siglo pasado y que habíamos mandado al desván de los recuerdos, ahora resurge.

En materia de migración, resulta capital aprovechar la ardua situación de ser certificados por el gobierno estadounidense sin que exista un parámetro claro para identificar el umbral de éxito y, sobre todo, cuáles serían los riesgos de convertirnos en un tercer país seguro, para demostrar que cuando México es requerido puede ser un socio confiable. La humillante situación debe ser presentada como una voluntad de cooperar. En otras palabras, hacer de la necesidad, virtud.

3. Por tanto, tendríamos que explicitar hacia dónde vamos y si a América del Norte la estamos pensando como una región cohesionada socialmente con las fuerzas más progresistas. Yo creo que el gobierno debería hacer una lectura clave, es decir, prospectiva, y presentarla a debate, pero mientras se hacen esas formulaciones, lo que está claro es que nos urge que digan, y éste es el tercer punto, si la Iniciativa Mérida les gusta o no. La última vez que escuché hablar sobre ello al Canciller de la república mencionó que estaban estudiando el tema. Con la administración Trump no iremos demasiado lejos por esa vía, pero el paradigma de la corresponsabilidad, tal como se edificó en la Iniciativa Mérida, ¿le sigue interesando a México?, ¿sigue siendo importante que México discuta, en distintos foros, si el contribuyente estadounidense debe seguir aportando dinero para sufragar el esfuerzo que este país hace en términos de vidas y de costo institucional para luchar

contra el flagelo de las drogas?, ¿o sólo tenemos que oír el lamento de los 72 000 muertos por sobredosis en Estados Unidos? La pregunta por contestar es ¿cuál es el paradigma en el que podemos cooperar en el futuro próximo?

4. ¿Cuál es la narrativa mexicana en Estados Unidos?, ¿qué es lo que México quiere contar a Estados Unidos en los tiempos que vienen? Es decir, ¿es un país que está dispuesto a aportar soluciones aunque sistemáticamente es ubicado como la fuente de los problemas? Subrayo, el antimexicanismo no ha cesado de crecer a lo largo del siglo. Hoy es un arma política que le permitió a Trump ganar en 2016. Acusemos recepción de ese riesgo y veamos de qué manera dejamos de ser el espiro con el que se divierte o se solaza el presidente de Estados Unidos.

La presencia pública de México en medios influyentes de Estados Unidos me parece capital y hasta ahora el balance no es favorable. Todavía no existe una disertación o un artículo en el cual el presidente defina con claridad su gran estrategia de política exterior. Probablemente nunca vea la luz porque es un tema sobre el que el mandatario no parece interesado. La política exterior no es una prioridad de esta administración. Y cual sangrienta paradoja, si no fuese por Trump (que nos ha recordado una y otra vez que el exterior puede ser una fuente de inestabilidad), el gobierno de Andrés Manuel López Obrador se hubiese cobijado en una inercia principista o en su doctrina de que la mejor política exterior es la interior (digna del Doctor Pasavento de Vila Matas que practicaba el arte de desaparecer).

Andrés Manuel López Obrador ha optado por delegar en Marcelo Ebrard la elaboración del discurso exterior de México hacia Estados Unidos. El canciller acude al G20 y a la ONU, habla y negocia por México. Nunca habíamos tenido, por expresa voluntad, una suerte de presidente interno y otro externo. Si existiera la figura del vicepresidente tal vez se explicaría mejor esta situación, pero con esta división del trabajo el inquilino de Palacio delega una dimensión importante de su función constitucional. Además de esta dualidad, tenemos a un canciller que, además de cumplir funciones de representación extraordinarias, es el concentrador operativo de la política de seguridad fronteriza, la política migratoria y dos subsecretarías (Trabajo y Bienestar) que le reportan directamente. Para efectos prácticos, es un secretario con ocho

subsecretarías, cuatro propias y cuatro de política interna, pero lo más llamativo es que este crecimiento del poder burocrático se combina con una reducción significativa de las capacidades externas del Estado mexicano por el prejuicio de que toda promoción externa es un gasto inútil. De esta manera, ProMéxico, el Consejo de Promoción Turística y los delegados de Agricultura y de Economía han sido recortados del mapa institucional generando una pérdida neta en la representación externa. Curiosa paradoja: se refuerza la política interior y la interméstica en detrimento de la diversificación. La decisión de priorizar a Estados Unidos es clara y ha relegado otras posibilidades, como un acercamiento a China.

El alineamiento con Estados Unidos nos ha llevado a una situación inquietante, pues refleja la enorme dependencia de México de cualquier ataque o desplante de su homólogo. El ingreso al Consejo de Seguridad de Naciones Unidas plantea algunos dilemas: ¿qué vamos a hacer ante una crisis que nos ponga en ruta de colisión con la postura estadounidense? Tendríamos que buscar amigos y socios para amortiguar el golpe. La crisis de Irak la transitamos con Chile, Francia y con un enorme apoyo de la Unión Europea y América Latina, pero en estos seis años de soledad es legítimo preguntarse qué ocurrirá si México tiene tensiones con la potencia. ¿Ceder, inhibirnos, arriesgar, buscar aliados en la Unión Europea, Japón o acercarnos más a Rusia? En fin, son preguntas que irán surgiendo en los próximos años y se responderán en cada caso, pero de momento queda claro que México no parece querer incrementar la tensión en su relación con los vecinos.

Habrá que recordar al estadounidense promedio que el crecimiento de China como potencia es el principal desafío que en el mediano y largo plazos tiene Estados Unidos y que una confrontación con México sólo beneficia al gigante asiático (Comexi, s. a.; Levy *et al.*, s. a.). México debe persistir en su estrategia multinivel hablando con el sector privado, los congresistas y los gobiernos locales para defender su causa. Debe también utilizar los tribunales, como ocurrió recientemente con la matanza de mexicanos en El Paso, para hacer valer su derecho en un país en el que, por lo menos, hasta ahora, la ley y la independencia de los jueces ha sido sacrosanto.

A pesar del deliberado abandono que el presidente de la república ha hecho de instancias internacionales como la OCDE y el G20 es útil activar, en esas esferas, mayores apoyos o comentarios favorables a México. Lo hemos hecho magistralmente en la OEA al condenar el discurso antihispano.

Recientemente, el embajador Juan Ramón de la Fuente planteó el tema de la intolerancia y el discurso de odio en la ONU:

En algunos lugares se exalta la tolerancia y la coexistencia pacífica, se enaltece la diversidad como fuente de riqueza y de fortaleza en tanto que, en otros, la diversidad se presenta como una amenaza. Irrumpen la xenofobia y el racismo. Su discurso (paranoide) es efectista. Pienso que el más virulento de todos, el que más vehementemente ha convocado a la acción violenta y al terrorismo local, es el discurso del supremacismo blanco, el que subyace al extremismo violento de origen racial. Para muestra, hay que revisar el Informe Anual de Estadísticas de Crímenes de Odio del FBI. El discurso de odio acaba por deshumanizar a individuos o grupos que con frecuencia ya habían sido marginados. Exacerba la discriminación de la que ya han sido objeto. Amplificada la narrativa por algoritmos diseñados con estos fines en las redes sociales, se precipitan conductas violentas que se contagian. No parece haber frenos ni contrapesos efectivos. Ser resilientes es mejor que victimizarse, pero no basta (Fuente, 2019).

Termino con un punto que me parece prioritario: elevar los costos del antimexicanismo. Hablar mal de México y los mexicanos es algo que resulta muy barato para cualquier actor de la vida pública estadounidense. Si la garantía de reelección de Trump es jugar la carta del antimexicanismo, me parece prioritario que se eleve el costo de hacerlo. Ya hemos comprobado el precio de que Trump haga campaña hablando mal del vecino. El vecino debe, en mi opinión, utilizar todas las herramientas para disuadir a ese personaje de hacerlo nuevamente o, por lo menos, buscar reducir su intensidad. Ha quedado claro que Andrés Manuel López Obrador no piensa gastar un peso de su capital político para confrontar a Trump, pero a largo plazo se debe articular una política de Estado para mejorar la imagen y reputación de México en sectores que hoy nos son adversos. Me parece relevante reforzar la vieja tesis de que la estabilidad mexicana es lo más importante y deslizar el argumento de que debilitar a un gobierno de izquierda moderada, sin tintes antiestadounidenses como el de López Obrador, podría abrir la puerta a otras corrientes ultranacionalistas, globalifóbicas y antiyanquis, como ha ocurrido en varios países latinoamericanos. La “venezolización” de México sería catastrófica para la región. No deja de ser una paradoja histórica e ideológica que el gobierno de Morena sea el paladín del libre comercio, la vigencia de las reglas y la responsabilidad de proveer prosperidad y bienes comunes en una región devastada por la delincuencia como Centroamérica, pero es lo que tenemos y debo

decir que no es una mala historia que contar a la opinión pública estadounidense, ahora dividida por un discurso nacional proteccionista.

La comunidad mexicoestadounidense debe jugar un papel relevante en la construcción de la nueva narrativa. La mexicanidad no es una vergüenza ni una desgracia y mucho menos un estigma. Hay 36 000 000 de estadounidenses que son de nuestra estirpe y, al igual que hacen irlandeses e italianos, defender a su madre patria es algo que los enorgullece. Debe quedar claro que el orgullo mexicano es saludable y no agresivo contra Estados Unidos. Los mexicanos aceptan de buen grado el liderazgo estadounidense en sus patrones de consumo, su visión del mundo, los nombres que les ponen a sus hijos y en las series de televisión que consumen, por citar algunos ejemplos. Estados Unidos sigue siendo un país deseable para México (Maldonado *et al.*, 2018). Profundizar en una actitud agresiva por parte de Trump y la derecha radical amenaza, en el mediano plazo, con poner en riesgo esto que hoy se da por sentado: la estabilidad regional y la aquiescencia mexicana que ha costado mucho construir y vale la pena preservar.⁴

Para concluir, la estrategia discursiva de ubicar a México como el enemigo ha erosionado uno de los pilares más sólidos de la política internacional de la potencia, que fue crear una pista de convergencia entre dos vecinos distantes que, sin embargo, tienen mil razones para enemistarse, pero millones para cooperar (Selee, 2018; O'Neil, 2014).

Hará falta encontrar una metodología y una narrativa que nos saque del rol de país generador de conflicto y pueda reconstruir un espacio institucionalizado para el comercio y el intercambio de bienes, y en un futuro reglamentar de mejor manera los mercados de trabajo y los movimientos migratorios (Curzio, 2016). A Norteamérica le hace falta una nueva narrativa que México debe construir con una acción política decidida y una estrategia de comunicación consistente, la cual sienta las bases de una política de Estado en la materia. La pésima reputación de México en Estados Unidos sigue siendo nuestra máxima debilidad, y la mala imagen se explica por prejuicios muy arraigados en sectores de la opinión pública estadounidense, pero también por la ausencia de un mensaje novedoso y edificante de un México que quiere prosperidad y cooperación con su vecino, y no sólo plegarse a sus designios.

⁴ Para tener una perspectiva de la importancia de este punto, véase a Walter Astié-Burgos (2007).

Fuentes

AGUAYO, SERGIO

2019 “El otro tesoro”, *Reforma*, 24 de julio, en <https://www.reforma.com/aplicacioneslibre/preacceso/articulo/default.aspx?id=161035&opinion=1&urlredirect=https://www.reforma.com/el-otro-tesoro-2019-07-24/op161035?__rval=1&flow_type=paywall>.

ASTIÉ-BURGOS, WALTER

2007 *Encuentros y desencuentros entre México y Estados Unidos en el siglo xx*. México: Porrúa.

COMISIÓN ECONÓMICA PARA AMÉRICA LATINA Y EL CARIBE (CEPAL)

2019 *Hacia un nuevo estilo de desarrollo. Plan de desarrollo integral El Salvador-Guatemala-Honduras-México. Diagnóstico, áreas de oportunidad y recomendaciones de la CEPAL*. México: CEPAL.

CONSEJO MEXICANO DE ASUNTOS INTERNACIONALES (COMEXI)

s. a. *Estados Unidos-China, tensiones comerciales y su impacto en México*, en <<http://consejomexicano.org/multimedia/1561070299-782.pdf>>.

CURZIO, LEONARDO

2016 *Orgullo y prejuicios. Reputación e imagen de México*. México: Porrúa-CISAN, UNAM.

EMBAJADA Y CONSULADOS DE ESTADOS UNIDOS Y MÉXICO

s. a. “Iniciativa Mérida”, en <<https://mx.usembassy.gov/es/our-relationships-es/temas-bilaterales/iniciativa-merida/>>.

EXPANSIÓN

2016 “El TLCAN, ‘el peor tratado de la historia’: Donald Trump”, *Expansión*, 14 de septiembre, en <<https://expansion.mx/2016/09/14/el-tlcan-el-peor-tratado-de-la-historia-donald-trump>>.

FUENTE, JUAN RAMÓN DE LA

2019 “El discurso de odio que mata”, *El Universal*, 18 de noviembre.

HUSSAIN, IMTIAZ y JORGE SCHIAVON, eds.

2013 *North America's Soft Security Threats and Multilateral Governance: A Post-Westphalian Pathway*. Nueva York: Palgrave-Macmillan.

LEVY, IRENE, MAURICIO MESCHOULAM y MICHEL HERNÁNDEZ

s. a. "Confrontación Estados Unidos-China: de geopolítica, tecnología y riesgos para nuestra región", Centro de Investigación para la Paz México, en <http://www.irenelevy.mx/wp-content/uploads/2019/10/FINAL-F_China-EEUU_Levy_Meschoulam_Hernandez.pdf>.

LÓPEZ OBRADOR, ANDRÉS MANUEL

2019 "Carta del presidente de México a Donald Trump", 30 de mayo, en <<https://lopezobrador.org.mx/wp-content/uploads/2019/05/30-05-2019-Carta-al-presidente-Trump.pdf>>.

MALDONADO, GERARDO, KAREN MARÍN,

GUADALUPE GONZÁLEZ y JORGE SCHIAVON

2018 *Los mexicanos ante los retos del mundo: opinión pública, líderes y política exterior. México, las Américas y el mundo, 2016-2017*. México: CIDE.

MORENO, ALEJANDRO

2019 "Resiste el respaldo a AMLO pese a economía e inseguridad", *El Financiero*, 5 de agosto, en <<https://www.elfinanciero.com.mx/nacional/resiste-el-respaldo-a-amlo-pese-a-economia-e-inseguridad>>.

O'NEIL, SHANNON

2014 *Dos naciones indivisibles. México, Estados Unidos y el camino por venir*. México: Debate.

PRESIDENCIA DE LA REPÚBLICA

2019 *Plan Nacional de Desarrollo 2019-2024*, en <<https://lopezobrador.org.mx/wp-content/uploads/2019/05/PLAN-NACIONAL-DE-DESARROLLO-2019-2024.pdf>>.

RUBIO, LUIS

2013 “Mexico Matters: Change in Mexico and Its Impact Upon the United States”, Wilson Center, en <<https://www.wilsoncenter.org/publication/mexico-matters-change-mexico-and-its-impact-upon-the-united-states>>.

SECRETARÍA DE RELACIONES EXTERIORES (SRE)

s. a. “Plan de acción bilateral México-Estados Unidos adoptado en la reunión inaugural del comité ejecutivo bilateral para la gestión fronteriza del siglo XXI”, en <<https://embamex.sre.gob.mx/suecia/index.php/en/comunicados/3-comunicados-2010/454-plan-de-accion>>.

SELEE, ANDREW

2018 *Vanishing Frontiers: The Forces Driving Mexico and the United States Together*. Nueva York: Public Affairs.

SERRA PUCHE, JAIME

2015 *El TLCAN y la formación de una región*. México: Fondo de Cultura Económica.

TRUMP, DONALD

2019 @realDonaldTrump, 30 de mayo, en <<https://twitter.com/realDonaldTrump/status/1134240653926232064>>.

2015a @realDonaldTrump, 19 de junio, en <<https://twitter.com/realDonaldTrump/status/612076000529268736>>.

2015b @realDonaldTrump, 27 de junio, en <<https://twitter.com/realDonaldTrump/status/614844928095559681>>.